

tró sus sentimientos filantrópicos. En París, socorrió á los pobres y á los enfermos y su esposa organizó un hospital modelo; reformó el Hospital de París y el de Montpellier y encargó á una comisión que procediera á la reforma general de los servicios hospitalarios. En las comarcas rurales se limitó á conservar los talleres de caridad y aumentó las condonaciones de impuestos á los labriegos necesitados. Adversario del procedimiento criminal, que tan odioso era á los Filósofos, consiguió, á pesar de las resistencias del ministro de la Justicia y de la magistratura, que se aboliese la tortura preparatoria, por otra parte ya caída en desuso, pero siguió aplicándose la tortura previa á los condenados para lograr la revelación de sus cómplices. En agosto de 1780 hizo nombrar una comisión de reforma de las cárceles que no determinó la suavización del régimen penitenciario ni la supresión de la promiscuidad entre criminales y acusados. Entendiendo que la servidumbre era una ofensa á la dignidad humana, abolió en agosto de 1779, la mano muerta y la servidumbre personal en los bienes del real patrimonio y suprimió el derecho de seguimiento sobre las manos muertas en toda la extensión del reino, pero hubo de dejar subsistir la mano muerta en las tierras de los señores. En el preámbulo del edicto de agosto, decía el rey que sus recursos no le permitían «rescatar estos derechos de manos de los señores» y que se veía «contenido por los miramientos que en todo tiempo tendría con las leyes de la propiedad.» Por otra parte, era imposible hacer nada serio en materia de reformas sociales sin chocar con las potencias, peligro que Necker evitaba en cuanto era posible.

La Iglesia habíase alarmado al ver que entraba en el gobierno aquel protestante y los obispos expresaron esta inquietud á Maurepás, quien, según parece, les contestó: «El rey os lo sacrificará si el clero se encarga de pagar las deudas del Estado.» Necker desarmó á los obispos á fuerza de consideraciones y así pudo verse cómo el arzobispo de París comía en su casa de Saint-Ouen. Respetó los privilegios fiscales de la Iglesia y, aunque en una memoria secreta propuso la supresión de los diezmos, nada dijo al público de este asunto. Interesábase por la suerte de los pobres curas rurales, tan miserables en medio de la opulencia de la Iglesia, y en aquella misma memoria pedía que la «porción congrua» de los párrocos fuese elevada á mil doscientas libras; y sin embargo, hizo condenar, por decreto del Consejo, una memoria en la que los párrocos del Delphinado pedían el aumento de aquella porción. Cuando en 1780 la Asamblea del clero reclamó la aplicación de las leyes contra la herejía y el mantenimiento de las órdenes religiosas, Necker no protestó y lo propio hizo cuando Miromesnil prometió á los obispos perseguir los libros licenciosos é impíos.

Necker, por otra parte, tuvo buen cuidado de no intervenir en las medidas adoptadas contra los Filósofos, respecto de los cuales el gobierno seguía, de todos modos, una política de transacción, permitiendo, por ejemplo, á Voltaire realizar en 1778 su viaje triunfal á París, al mismo tiempo que Luis XVI se negaba á recibir al patriarca. Y cuando éste murió prohibióse á los publicistas que hablasen de él; pero la esposa de Necker tomó la iniciativa de una subscripción para erigirle una estatua.

Necker no se comprometió con sus correligionarios, quienes esperaban de él que les haría reconocer su estado civil y que haría fuese su culto legalmente tolerado; y aunque él les dió á entender que lograrían lo que deseaban, nada hizo por ellos, conociendo como conocía la hostilidad que hacia ellos sentían los parlamentos y el clero. Por lo demás, los asuntos religiosos dependían del secretario de Estado de la casa del rey. En las provincias en donde los protestantes eran numerosos y la administración temía que se agitasen, no se les impidió abrir escuelas ni practicar su culto; en las demás, continuaron siendo perseguidos.

IV.—Preponderancia y desgracia de Necker

Toda aquella conducta, las concesiones hechas á las ideas y á los sentimientos nuevos, el cuidado puesto en no mortificar á las personas ni los intereses capaces de defenderse, el aire de sensibilidad en el que, por otra parte, había algo de sincero, las buenas palabras que tanto gustaban á los contemporáneos y el feliz resultado aparente de las empresas financieras, hacían que aquel hombre hábil é inteligente fuese considerado como un grande hombre. Extranjero, protestante, con el título poco sonoro de director general, parecía, en sus comienzos, una «seta» nacida en una noche para vivir unos cuantos días. Pocos días después, decíale un libelista: «Todo está á merced de vuestros empleados y de vuestra cabeza; con vuestro tono seco é imperioso alejáis á todos los contradictores, todo lo destruí; invadís todos los ministerios.» Pero el rey agradecía á Necker que no trastornara el Estado y la sociedad, como había querido hacerlo Turgot, y le apreciaba, además, por la honradez de su vida privada; la reina estimaba en él al amigo de Choiseul, de Vermond, de Mercy, al hombre flexible y complaciente, y multitud de grandes señores, amigos los unos de novedades, preocupados los otros de obtener los puestos y las pensiones de que él disponía, se adhirieron á su fortuna.

El entusiasmo por Necker fué una especie de enfermedad de moda que Calonne denominaba la *Neckromanía*. «Si el universo y yo profesásemos una opinión—decía el conde de Crillon—y el señor Necker emitiese una contraria, al punto me convencería de que el universo y yo estábamos equivocados.» Ilustres damas hacían propaganda en favor suyo, siendo las «tropas ligeras» de aquel austero hugonote: «Las guapas, las inteligentes, las intrigantes,» las viejas y las jóvenes—dice Calonne,—la duquesa de Grammont, las princesas de Henin, de Poix y de Beauvau, las condesas de Brionne, de Montesson, de Tessé, de Chalons, de Blot y de Simiane, iban «en descubierta,» prodigando sus gracias y sus sonrisas, reclutando partidarios, «recogiendo informes, autorizando noticias y distribuyendo órdenes á todo un enjambre de lindos señores y de abates de corte que corrían, hablaban y caracoleaban á su antojo.» El clero daba su contingente á los *Neckromanos*, en especial los prelados del partido de Choiseul, los arzobispos de Aix y de Tolosa, señores de Boisgelin y de Brienne; los protestantes, con la esperanza de ver restablecidos sus templos, apoyaban á su correligionario; muchos banqueros le estaban agradecidos por las magníficas operaciones de banca que hacían en los emprés-

titos; los Filósofos, los Economistas, y hasta algunos admiradores de Turgot, Morellet, Grimm y Diderot, La Harpe y Suard, Marmontel y Raynal, agradecíanle las reformas realizadas y estaban convencidos de que proyectaba otras mayores y las llevaría á cabo; y periodistas y publicistas celebraban al gran hombre, de quien eran admiradores, desinteresados unos, remunerados otros.

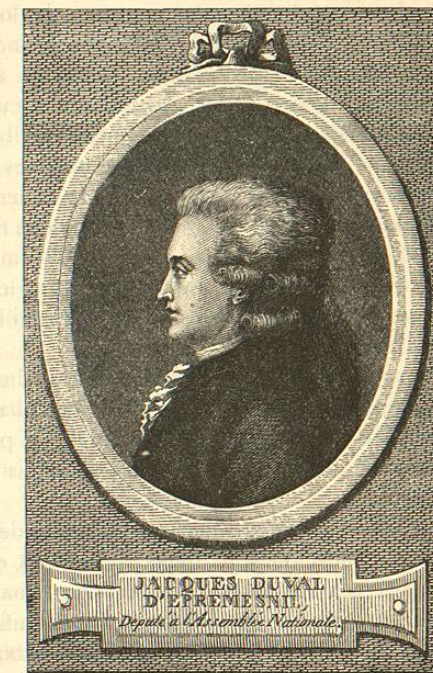
La popularidad de Necker se divulgó entre los habitantes de las ciudades, de los arrabales y del campo, proclamándose en todas partes al director general como enemigo de los impuestos, de los intendentes y de los arrendatarios públicos. Las palabras «libertad,» «beneficencia,» «reforma,» que él con gusto empleaba, seducían á los obreros y á los campesinos y todo el mundo le daba crédito cuando decía: «El jefe de la hacienda ha de poner constantemente sus miradas en la felicidad y en el interés de los pueblos;» ó bien: «La opinión pública le sirve de estímulo y de recompensa; es un fanal cuyas luces están siempre encendidas... Si alguna vez la opinión pública se viese desdeñada, la libertad perdería su principal apoyo.» En las aldeas, distribuíanse los edictos de Necker y los buhoneros vendían su retrato burdamente iluminado.

Pero Necker tenía también enemigos: miembros del clero que no olvidaban sus orígenes ni los proyectos que anunciaba; Filósofos que, como Condorcet, no le perdonaban sus intrigas contra Turgot y le trataban de «nuevo Law,» de «Arlequin,» bastante desvergonzado para aspirar á suceder «á Catón,» de especulador que, después de haber pasado la mitad de su vida «ganando dinero,» quería acabarla «inflando pompas de jabón.» Los arrendatarios, recaudadores y tesoreros generales, lesionados por la reforma fiscal, denunciaban la conexión con los bancos cosmopolitas «del aventurero,» del «titiritero» que llevaba la monarquía á los abismos. Estas ideas hallaron acogida en los hermanos del rey, en el príncipe de Condé, en el duque de Coigny y en el príncipe de Lambese. Los Parlamentarios, que adivinaban en Necker, á pesar de su prudencia, á un innovador, que también detestaban, sin duda, al protestante y que, además, querían que se hablara de ellos, formularon representaciones contra sus empréstitos, propusieron disminuciones de impuestos que sabían que eran imposibles, y publicaron decretos contra el sistema de las rentas vitalicias. El Parlamento de París encargó á d'Épremesnil que redactara representaciones contra el reparto de las vigésimas, y d'Épremesnil sostuvo en ellas que no se podía gravar con impuestos las rentas de los privilegiados. Por cuestión de las vigésimas surgió también un conflicto entre los parlamentos de Ruán y de Grenoble y el director. Y finalmente, cuando Necker ensayó el funcionamiento de las asambleas provinciales, toda la magistratura se disgustó.

Los descontentos encontraron apoyo en el mismo gobierno, pues muchos administradores consideraban peligrosos los atentados, contra la autoridad de los intendentes. Cuando el Sr. de Reverseaux, intendente de Moulins, se opuso á la formación de la asamblea provincial del Bourbonnais, la mayoría de los ministros le apoyaron. Maurepás, que temía, como en tiempo de Turgot, ser suplantado, dirigió una campaña de libelos cuyo agente más activo fué el arrendatario general Au-

geard, su confidente, y en la que se denunciaban la ignorancia y la incapacidad de Necker; se hacía burla de sus modales, de su cuna y del pedantismo de su esposa, y se ponía en duda su probidad. A pesar del celo aparente de la policía los libelos de los antineckeristas circularon profusamente en París y en la corte, en vista de lo cual Necker habló de retirarse. El rey le tranquilizó, como había tranquilizado á Turgot. «Tenéis muchos enemigos—le dijo,—pero no importa, yo os defenderé.» Y hasta dijo que mandaría «ahorcar» al superintendente de Monsieur, á quien se acusaba de ser autor de los libelos.

En octubre de 1780, cayó enfermo Maurepás y Nec-



D'Épremesnil

ker consiguió la desgracia de Sartine, á quien hizo substituir, en 14 de aquel mes, por Castries, su amigo personal; y cuando se retiró Montbarey, sucedió á éste, en 23 de diciembre, Segur, protegido de Choiseul y de los Polignac, lo que disgustó al principal ministro, quien hubiera querido conservar á Sartine y pensaba en d'Aiguillon para reemplazar á Montbarey. Redoblaron los ataques contra Necker y entonces éste, en febrero de 1781, contestó á ellos presentando al rey una memoria apologética, el *Compte rendu au Roi par M. Necker* (*Memoria dirigida al Rey por el Sr. Necker*), cuya publicación solicitó.

Francia, en aquella sazón, ignoraba el importe de los subsidios que proporcionaba á la corona y la relación entre los ingresos y los gastos del Tesoro. Los contralores generales formulaban anualmente una evaluación de las rentas y de los gastos del rey y una vez terminado el ejercicio hacían la cuenta general ó «estado verdadero» de los ingresos y gastos efectuados; pero el público no conocía ni las evaluaciones ni los estados verdaderos. Los Economistas, que habían estudiado separadamente ciertos impuestos y solían atacar todas las contribuciones, carecían de nociones precisas sobre los recursos del Estado, y Necker creyó que se conquistaría

la opinión pública revelando al país el misterio de su hacienda y aprovechando aquella coyuntura de hacer valer su administración.

En la citada memoria, las cuentas, que forman una especie de apéndice, se titulan: «Estado de los objetos de ingreso llevados al Tesoro real en el año ordinario» y «Estado de los gastos pagados al Tesoro real en el año ordinario.» El año escogido fué el de 1781 y la palabra «ordinario» indica que se trata sólo de los ingresos y gastos permanentes; Necker no quiso escamotear los demás y el público no pudo llamarse á engaño; pero empleando aquel procedimiento, el director general daba una impresión optimista falsa, pues fijaba los ingresos en doscientos sesenta y cuatro millones y los gastos en doscientos cincuenta y cuatro, de lo que resultaba un excedente de diez millones, cuando la realidad era totalmente distinta. En efecto, en aquel año de 1781 los ingresos reales ascendieron á cuatrocientos treinta y seis millones novecientos mil libras y los gastos reales á quinientos veintiséis millones seiscientos mil, de modo que el déficit fué de ochenta y nueve millones setecientos mil, y como hubo que reembolsar ciento veintinueve millones cien mil de empréstitos y anticipos, el exceso de los gastos sobre los ingresos fué en total de doscientos diez y ocho millones ochocientos mil libras.

Por otra parte, Necker preocupábase principalmente de hacer la apología de sus actos; así recordaba sus economías sobre la Casa del rey y, en tono de publicista más que de ministro, formulaba una requisitoria contra la corte:

«Adquisiciones de cargos —decía,— proyectos de matrimonios y de educaciones, pérdidas imprevistas, esperanzas abortadas, todos estos acontecimientos habían llegado á ser un pretexto para recurrir á la munificencia del soberano; diríase que el Tesoro real había de conciliarlo, de allanarlo, de repararlo todo. Y como el sistema de las pensiones, aunque llevado al extremo, no podía satisfacer las pretensiones ni servir bastante bien á la codicia vergonzosa, habíanse inventado otros expedientes: los intereses en los arriendos, en las administraciones, en las etapas, en muchos puestos financieros, en los contratos de toda especie y hasta en los suministros de los hospitales, todo era bueno... Independientemente de todos estos objetos aun se solicitaban los empeños de bienes de Vuestra Majestad, las permutas onerosas á sus intereses, el acensamiento de tierras improductivas ó la cesión de bosques que se decían abandonados. Y venían, por último, los pagos de favor sobre las pensiones atrasadas, el pago de antiguos créditos á veces comprados á vil precio, la admisión de los mismos en los empréstitos y tantas otras maneras más, todas ellas tanto más peligrosas cuanto que para tales mercedes no era necesario siquiera el consentimiento del monarca... Fácilmente se comprende cuánto debían agrandar estas formas una vez introducidas: la obscuridad evitaba la reclamación pública y la apariencia de una conveniencia recíproca libraba hasta del yugo del agradecimiento. A este género de abusos, cuya extensión no puede medirse, he creído, pues, deber oponer los mayores obstáculos.»

Pasando revista de los impuestos, alabábase Necker de haber mejorado las vigésimas y adoptado medidas

para que nunca pudiera aumentarse arbitrariamente el pecho. Declaraba que la corvea no era, «en último análisis,» más que «un debate entre los pobres y los ricos;» pero aunque reconocía cuánto aliviaría á los pobres su supresión, no la reclamaba y se contentaba diciendo que «el impuesto en trabajo» era «quizás una idea fiscal feliz.» Confesaba que la gabela provocaba un «clamoreo universal» y que el contrabando, de ella resultante, mantenía en el reino una «guerra intestina;» pero, decía, «la exposición del mal es mucho más fácil que el descubrimiento de un remedio prudente y practicable.»

La memoria terminaba así:

«No sé si el país opinará que he seguido el buen camino; pero ciertamente lo he buscado... No he hecho sacrificios al crédito ni al poder y he desdeñado los goces de la vanidad. He renunciado hasta á la más dulce de las satisfacciones privadas: la de servir á mis amigos ó de obtener el agradecimiento de los que me rodean... No he visto más que mi deber... Finalmente, y lo confieso también, he contado mucho con esa opinión pública que los malos tratan en vano de contener ó lacerar, pero que, á pesar de sus esfuerzos, es arrastrada por la justicia y la verdad.»

El éxito de aquella memoria fué prodigioso: el librero Panckouke vendió el primer día seis mil ejemplares y en poco tiempo cien mil; las mujeres de moda la tenían sobre sus tocadores y los abates en sus bolsillos; algunos banqueros la exaltaron; escultores, grabadores y pintores la celebraron por medio de alegorías, y en el pueblo, dice Rabaut-Saint-Etienne, produjo «el efecto de una luz repentina en medio de las tinieblas» «pasando por todas las manos y siendo leída en todas las aldeas y lugarejos.» Creyóse que en lo sucesivo podrían calcularse «los gastos y los recursos de Francia,» y comprobarse y discutirse el empleo del impuesto; que desaparecerían los abusos y que al fin iba á comenzar la era de la justicia, de la igualdad y de la libertad. En el extranjero, la memoria causó tanta admiración como en Francia y con ello se afianzó el crédito del Estado hasta el punto de que un empréstito de setenta millones produjo ciento.

Pero los «viejos financieros» notaron los errores de los cálculos de Necker; los leales al poder absoluto se lamentaron del menoscabo inferido al mismo; los artesanos de la revelación de los abusos de que vivían, y los ministros de aquel golpe de Estado que aumentaba la popularidad del director general. Maurepás puso en ridículo la Memoria: «¿Habéis leído el cuento azul?» preguntó. Y hubo quien halló modo de vengar á los descontentos, procurándose una copia de la memoria sobre las asambleas provinciales y publicándola, y esta revelación de los proyectos secretos de Necker decidió á los adversarios á no perdonar medio alguno para derribarle. El Parlamento se negó á registrar el edicto que creaba la asamblea provincial del Bourbonnais y formuló representaciones; Calonne publicó la *Lettre de Mr. le marquis de Carraccioli à d'Alembert* (Carta del Sr. marqués de Carraccioli á d'Alembert), que llenaba de ridículo á los Neckromanos; en la corte algunos grandes señores, como los Polignac, se separaron del partido, y las simpatías de la reina se enfriaron. De nuevo formuló el Parlamento representaciones y entonces Nec-

ker planteó, por decirlo así, resueltamente la cuestión de confianza á Luis XVI, pidiéndole el título de ministro de Estado y una declaración que hiciera extensivo á toda Francia el régimen de las asambleas provinciales, y reclamando la administración directa de las cajas de la Guerra y de la Marina. De modo que quería claramente ser el jefe y el amo del ministerio. El rey se mostró sorprendido, y habiéndole Maurepás hecho temer la dimisión de los ministros y una oposición violenta del Parlamento, no quiso acceder á la demanda de Necker, el cual dimitió en 19 de mayo de 1781.

Ilustres señores y elevadas damas fueron á visitarle en su retiro de Saint-Ouen; en París, dice Grimm, «la

consternación estaba pintada en todos los semblantes; los paseos, los cafés, los sitios públicos estaban llenos de gente, pero reinaba en ellos un silencio extraordinario y todo el mundo se miraba y se estrechaba la mano tristemente;» y en las provincias no fué menos intensa la emoción. La caída de un hombre en quien habían puesto su confianza todos los que creían en la necesidad de reformar el Estado y la sociedad; la debilidad y la inconsistencia del rey reveladas una vez más; las acusaciones lanzadas contra la reina, á quien se atribuyó, muy injustamente, la destitución de Necker, y el descontento general eran acontecimientos verdaderamente graves.